

DUELO DE RATONES

(CUENTO)

En menos de un mes, el gato de la casa había cogido nueve ratones. Doña Kátula, que era una ratoncita vivaracha, de ojos grises e inquietos, estaba desolada porque daba la terrible coincidencia de que los nueve, eran hijos suyos. Según ella, nunca había sucedido nada igual; y los ratones más viejos y prudentes confirmaban con su silencioso asentimiento, la dolorosa apreciación de doña Kátula.

Es que nueve, ¡nueve!, son demasiadas víctimas para una sola familia. Sin embargo, en el cielorraso del segundo piso donde habitaba la afligida madre, se habían vivido tiempos muy duros y conocido muchas calamidades. Una vez, una cocinera bigotuda les tapó con yeso y trozos menudos de vidrio, todos los agujeros de comunicación y los ratones estuvieron emparedados, sin poder salir del entrepiso durante largo plazo. El hambre causó serios estragos en todos los linajes del campamento pero ninguna tribu llegó a perder nueve de los suyos. Otra vez, la solterona del tercero tuvo la peregrina ocurrencia de poner queso envenenado en los rincones. Como ella no les dijo nada, los ratoncitos se los comían alegres y despreocupados; ¡qué iban a esperar una acción así de una señora respetable que tenía la bata con flores y cuatro canarios! Fué horrible; también entonces hubo mucho luto en el cielorraso. Estaba tan apetitoso el queso con aquel gustillo metálico, que ninguna familia se libró del castigo, pero ninguna pasó por la angustia de contar nueve víctimas. ¡Dónde iba a parar!; ¡jamás se hubiera creído semejante estadística! En cambio ahora... Doña Kátula no se los podía quitar de la imaginación: ¡sus nueve ratoncitos!; Coquita, la menor de todas, que tenía la costumbre de chuparle el morrito; Tablote, el segundo, que le mordía la punta de la cola sin hacerle daño; Rollón, el quinto, que se le subía al lomo y le tiraba de los pelos de la nuca mientras se dejaba escapar por el morrito un chillido agudo y pe-

netrante que ella oía enternecida porque le parecía el himno de la familia. Y así los demás; y todos, tan buenos, tan joviales, tan cariñosos.

—Pero, ¿qué le habremos hecho a ese gato? —preguntaba atormentada la pobre señora.

Don Sógolo, el marido, que aparte de sus virtudes de esposo amantísimo, gozaba de alta consideración en el entrepiso, por su seriedad y prudencia, asistía en silencio a las lamentaciones de su dama; él también estaba desolado pero más fuerte en el dolor, se mordía la pena para no agravar la de su esposa.

—¿Es que tú le has hecho algo? —le preguntaba ella, en sus crisis nerviosas.

—Mujer, de ninguna manera; ¿qué le iba a hacer yo al gato? ¿No comprendes?

Pero doña Kátula no comprendía nada. Cómo iba a comprender, si en menos de un mes se le habían comido nueve hijos. Presa de verdadero histerismo huía de todo trato social, rehusando amabilidades y consuelos. Y, en sus escapadas, se acercaba al agujero por el que desaparecieron para siempre sus ratoncitos y, un olor a gato le llegaba a la cara.

—¡Ya está ahí!; ya está ahí otra vez. Nos persigue; quiere acabar con la familia —gritaba excitada, loca.

Don Sógolo y sus amigos acudían solícitos a consolarla.

—Cálmate, mujer, cálmate, —le decían con el mayor cariño.

—Piensa que, después de todo, es un gato.

—Y qué, —argüía rápida, los ojos inyectados en sangre.

—Es su papel; está en el deber de matarnos —se atrevía a decir alguno.

Entonces, doña Kátula daba unos gritos terribles y agitaba convulsiva el morrito y la cola.

—¿Dónde está escrito eso?; ¿quién le ha dicho al gato que tiene que coger ratones?; ¿qué le hemos hecho nosotros?

Y no le faltaba razón. Jamás se había oído decir en el cielorraso, de un ratón que hubiera hecho el menor daño a un gato. Seguramente que no hay uno siquiera que pueda alegar un agravio: ni se les beben la leche, ni les esconden el ovillo de lana con el que juegan ni les ocupan su sitio en el fogón. Ningún ratón ha hecho nunca nada ofensivo a los felinos. ¿Por qué, pues, ese odio a muerte? Estas consideraciones, llenas de la mejor lógica, aumentaban su aflicción.

Y transcurrían así los días, sin que el tiempo le aliviara en lo más mínimo, sino al contrario; su dolor iba a más, como las quemaduras profundas. Es que no era una pena pasajera; ¡nueve hijos!

Un día que estaba más acongojada notó, de pronto, la falta de su décimo ratoncito. Una conmoción epiléptica le sacudió el cuerpo del morrito a la cola; era una hoja puesta al viento, un temblor hecho esencia.

—¿Dónde está Loteka? —preguntó espantada, al instante.

Los ratones que estaban a su lado no se atrevieron a contestar, pero los ojos se les fueron al fatídico agujero. Ella se lanzó de un salto, en trágico presentimiento, y metió el hocico por la boca de aquel camino de perdición. Aún llegó a tiempo para presenciar el martirio. La pequeña Loteka se debatía inútilmente entre las ágiles patas del felino. Cruel, espantoso. El terrible gato estaba haciendo un juego del lento morir del ratoncito. ¡Satánico Micifúf! Se lo metía en la boca y cuando ya había podido verle el esófago y el mismo estómago quizá, lo escupía para dejarlo despiadadamente sobre el frío azulejo. El ratoncito permanecía quieto un momento, como muerto. El gato no se movía tampoco; el vientre sobre el suelo, las dos manos hacia adelante, parecía un falso gato de porcelana. Poco a poco el décimo hijo de doña Kátula se iba recuperando, se le notaba palpar, una palpación leve, de agonía. El gato hacía como que no lo miraba; en aquel momento era frío, de biscuit, de los que se mueren en pedazos si se caen, no de los que tienen siete vidas. Y era hipocresía, para que el ratón no le tuviera miedo y resucitara del todo. Engañado al fin, el ratoncito se decidió a ponerse en pie, sólo Dios sabe a cuenta de qué esfuerzos, y salió corriendo, ánima en pena. El gato, traidor, permaneció impassible. Doña Kátula veía venir a su hijo, hacia al agujero, hecho una chispa, pero no se forjó ilusión ninguna. Y, en efecto, cuando ya estaba a la boca misma del agujero, sintiendo acaso el calor del aliento materno, Micifuf dió un salto de pantera y de un golpe de mano, al parecer cariñoso, desvió al ratoncito en su itinerario. Luego lo cogió con la boca, dejándole fuera medio cuerpo y se lo llevó a un rincón, bajo la mesa. Doña Kátula cayó desvanecida; era demasiado espectáculo para una madre.

Unos días después, convencidos todos los ratones de que la vecindad de aquel gato hacía la vecindad del cielorraso inhabitable, decidieron cambiar de casa. Y una noche, a la luz de la luna, se descolgaron por la tubería del agua y bajaron al patio. Fué un éxodo patético; iban en fila india, uno tras otro, silenciosos, cabizbajos, tapando con sus cuerpecitos su propia sombra, como si tuvieran miedo de que los descubriera su cruel enemigo. En el momento de la partida ninguno se atrevió a sacar nada del ajuar, temerosos de que les embarazara en el caso de que tuvieran necesidad de correr; y dejaron en la casa abandonada sus pequeños enseres llenos de

afectos: las pajas y algodones tan amorosamente recogidos, noche a noche, para formar el nido en el que nacieran los hijos; la bolita azul de collar, que con inauditos esfuerzos lograron pasar de la cocina al cielorraso, después de agrandar el agujero, y con la que tanto habían jugado de pequeños; el trocito de galón dorado que se solían poner a modo de banda, cuando jugaban a emperadores. Todo lo tuvieron que dejar, todo. Sólo se llevaban los tristes recuerdos, que les pesaban igual que si fueran fardos.

Al llegar al patio, lo atravesaron agazapados, para no ser vistos y se metieron por un agujerito que conducía a la cámara de aire de la portería, en la que sólo había un gato viejo que se pasaba el día en el fogón, sin hacer caso ninguno a los ratones.

—Aquí podremos vivir una vejez tranquila —le dijo don Sógolo a su esposa, para animarla, cuando se instalaron en su nueva casa. Ella le miró agradecida, pero no se dejó convencer.

—Para mí ya no puede haber tranquilidad en parte alguna —contestó. Y bajó la cabeza hasta poner el hociquito en el suelo.

